

Mostrador: un Confesionario

EL mozo de café que se decidiera un día a anotar sus observaciones de atrás del mostrador, daría de nuestro ambiente un cuadro tan perfecto que sería muy difícil de superar. Porque la verdad es que para este pueblo, si se quiere ateo, el mostrador es su verdadero confesionario.

Allí nadie calla su secreto. El funcionario insobornable y sin mancha que no lo revelaría por dinero, siente sin embargo la necesidad de confiárselo a alguien. Tal vez para darse importancia. Quizás para que se reconozcan sus méritos. El tipo es tan discreto y escrupuloso que, para que vean hasta dónde llega su celo, relata al amigo todos los secretos de que es poseedor, los comenta uno por uno y demuestra así que, a pesar de saber tanto, es capaz de mantener reserva. Y esto sucede fatalmente, junto al mostrador. No es necesario que esté medio pintón para hablar. No. Es que el mostrador cordial y amigo, posee una extraña influencia en nuestro ánimo. Probablemente sea una prolongación del fogón donde, recién entonces, el viejo gaucho taciturno y frío que hay en todas las narraciones camperas, se decidía a revelar el misterio de su pasado.

Arrimado al mostrador, el hombre cuenta sus amores, sus esperanzas, sus proyectos. Antes de empezar la confidencia echa una mirada a su alrededor para precaverse de que nadie más lo esté oyendo. Pero esa mirada no alcanza al mozo que, del otro lado, permanece de brazos cruzados, serio, atento, inmóvil como una estatua. Parecería que ese mos-

trador trazara una línea divisoria y que lo que está detrás suyo no pertenece a este mundo. El mozo es así testigo de nuestras inquietudes, debilidades, lirismos, y falsedades. El mozo, en cinco minutos, llega a conocernos más a fondo de lo que nos conocemos nosotros mismos en toda una vida.

* Crónicas de la CIUDAD *

por EL HACHERO

—Yo, te digo la verdad, no es, por los tres pesos; porque tres pesos si mal no viene se los das a un ciego. A mí lo que me revienta es la acción. Este Francisco es una porquería. Y no es la primera vez que lo hace! Está siempre atento a

quien puede achacar.

—Yo hace tiempo que lo tengo marcado. Es un sujeto que más vale perderlo...

En ese momento aparece Francisco en la puerta del boliche y los dos interrumpen a medio hacer, su biografía.

—Mirá quién cayó! —dice uno, sonriente, calmado—. Y agrega el otro:

—Estábamos hablando de vos...

Y Francisco complacido, inalagado de que el recuerdo suyo estuviera siempre presente en la rueda de sus amigos, expresa dulce y modestamente:

—Mal, en fija...

—Imaginate... ¿Qué tomás?

Y el mozo, del otro lado del mostrador, ve, calla y ni siquiera sonríe.



¿Es cierto que tu mujer quiere el divorcio?

—Sí, y yo también lo quiero.

—Al fin, hombre, se pusieron una vez de acuerdo!

EL HACHERO.

El mozo de café, en cinco minutos, llega a conocernos tan a fondo que ni nosotros mismos nos atreveríamos a discutirlo. Y sin embargo nos fía. Es uno de esos grandes misterios que tiene la vida. Yo qué sé!...

El próximo número de PELODURO aparecerá el 19 de Noviembre!!!

PELODURO